

Corazón de Lobo

La chica sintió una punzada a la altura del pecho, en el corazón. Ella alzó la mirada, y observó como el sol comenzaba a ocultarse, tiñendo el cielo de rojo, como si sangrara. Con un suspiro se incorporó, separándose de la pared de la vieja casa ruinosa en la que estaba apoyada, y se puso en marcha. El tiempo apremiaba.

Rápidamente localizó una de las ventanas del primer piso, la única que podía ser usada como entrada, ya que todas las demás estaban taponadas con tablas. La joven entró en la casa por dicha ventana, y se encontró en una sucia habitación, prácticamente vacía, exceptuando una alfombra, que al ser retirada dejó al descubierto una trampilla. La muchacha se inclinó sobre la trampilla y la abrió, descubriendo una habitación subterránea, hasta la cual descendió por las escaleras.

Esa habitación estaba mucho más limpia que el resto de la casa. Había un colchón y unas sábanas en una esquina. Junto a ellas, un viejo libro, un candil apagado y un mechero. En otra de las esquinas había un montoncito de latas de comida en conserva, todavía sin abrir. Sin embargo, la recién llegada ignoró todo lo anterior y se dirigió a la pared contraria. En ella había un agujero, practicado a golpes en la madera de la pared. Este apenas tenía medio metro de profundidad, antes de topar con una sólida pared de hormigón, unas de las gigantescas columnas de los cimientos.

Pero tenía un detalle interesante. Tres ganchos, firmemente anclados en el hormigón, destacaban. Y en el suelo, dentro del agujero había unas cadenas con argollas de hierro al final de uno de sus extremos. Además, en el suelo cercano a dicho agujero se observaban unas extrañas marcas, como si unas enormes garras hubieran rascado furiosamente la madera.

Como si fuera lo más normal del mundo, la chica se desvistió, quedando completamente desnuda, y tiró su ropa junto a la improvisada cama del otro lado de la habitación. Tras esto se acercó y recogió las cadenas del suelo, para después separarlas unas de otras. Eran tres en total. Una de ellas tenía la argolla más grande que las otras dos. Ella tomó la argolla grande, le quitó el seguro y la enganchó en torno a su propio cuello. Después, sujetó el otro extremo de la cadena a uno de los ganchos del cimiento. Colocó el seguro en ambos extremos, y procedió a repetir el proceso con las otras dos cadenas, esta vez entorno a sus muñecas. Una vez estuvo atada a la columna, se sentó en el suelo a esperar.

Pasaron unos pocos minutos más, durante los cuales se habían ido produciendo cambios en la encadenada. Había empezado a jadear, como si le costase respirar y sus ojos tenían un brillo extraño. De pronto se dobló hacia delante, con un gruñido de dolor, como cuando se recibe un puñetazo en el estómago. Su respiración se volvió más rápida y dificultosa.

Sus entrañas comenzaron a arder de tal manera que parecía haber tragado lava, los pulmones le dolían con cada respiración. Su boca comenzó a secarse. Sus hombros y

omoplatos comenzaron a sentirse como si los cortaran por dentro mientras se desplazaban y cambiaban de forma. El dolor se extendió por los brazos hasta las manos y por la espalda, a lo largo de la columna. Sus dedos se contrajeron y engrosaron, al tiempo que unas garras le brotaban en vez de las uñas. La agonía continuó mientras su espalda era obligada a inclinarse, y a sus piernas les ocurría lo mismo que a sus brazos. Los dedos de sus pies se transformaron en zarpas, mientras el resto de sus piernas cambiaba, obligándola a sostenerse sobre las cuatro extremidades. Sintió que la base de la columna le quemaba como ácido mientras esta se alargaba y comenzaba a formarse una cola. Las raíces de sus dientes penetraron más profundamente en sus encías, mientras se afilaban para transformarse en colmillos, su rostro se alargó, para formar un hocico, y sus orejas se deslizaron hacia arriba en su cráneo. Le brotó pelo por todo el cuerpo, y aquello fue como si clavasen agujas al rojo vivo por toda la superficie de su piel. Para terminar, comenzó a dolerle la cabeza con mucha intensidad, y sintió su consciencia desvaneciéndose mientras el instinto tomaba el control de su cuerpo.

La encadenada despertó varias horas más tarde, aún con un intenso dolor de cabeza y muy entumecida. Se levantó, y trató de despertarse estirando los brazos. Con algo de dificultad, revisó las cadenas que la ataban. Al comprobar que todas estaban en buenas condiciones, las desenganchó de su cuerpo y de la columna, para volver a dejarlas en el suelo, dentro del agujero. Luego fue hasta donde la cama y volvió a ponerse la ropa de la noche anterior. Estaba hambrienta, así que recogió una de las latas de conserva y la abrió. Era melva, y se la comió cogiéndola con las manos, puesto que no tenía cubiertos. Una vez hubo comido un poco, se levantó de la cama y subió las escaleras hasta la habitación superior, para después salir por la misma ventana por la que entró.

Y así, la chica volvió a las calles de la ciudad, sin que nadie supiera el dolor que soportaba. Sin poder decirle a nadie por qué todas las noches de plenilunio estaba tan cansada, ni nadie que la ayudase a sobrellevar un poco mejor el dolor de los cambios. Todo porque solo la verían como a un monstruo, y no como a alguien que pide ayuda a gritos. Porque la licantropía es una enfermedad crónica y nadie querrá hacer nada por ayudar a calmar un Corazón de Lobo.